

REVISTA
DE LA
UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Tomó VII

Lima, Mayo-Junio de 1939

Número 2

EL NUEVO PAPA

Nuestra Santa Madre la Iglesia vive, otra vez, jubilosamente. Tras dos mil años de presenciar el desfile de innumerables generaciones se halla siempre en continuo florecimiento. Hoy, como en otros tiempos, ha descendido sobre ella y sobre su nuevo Pastor la luz del Espíritu Santo para que siga enseñando a los hombres "la gloria de Aquél cuyo imperio es indestructible".

Roma, la ciudad eterna, fué el centro de viva y palpitante atención del mundo católico a raíz del fallecimiento de S. S. Pío XI, y hasta los que persiguen y combaten a la Iglesia pensaron en el problema de la sucesión pontificia que tanta importancia tiene en esta época que por muchos caracteres puede llamarse apocalíptica. Sin embargo, el 2 de marzo último, el cónclave cardenalicio, en forma casi sin precedentes, con esa seguridad y firmeza con que sabe trazar sus designios sólo la mano de Dios, eligió para ocupar la Cátedra de San Pedro, a Su Eminencia el Cardenal Eugenio Pacelli, que hasta entonces había desempeñado el alto cargo de Secretario de Estado del Vaticano, quien al ascender el trono tomó el nombre de Pío XII.

S. S. Pío XII, fué elegido Papa el día en que conmemoraba el 63 aniversario de su nacimiento ocurrido en la ciudad de Roma. A los 18 años de edad ingresó en la Academia Pontificia donde se graduó brillantemente 6 años después. Posteriormente ocupó un puesto en la Sa-

grada Congregación de Asuntos Eclesiásticos, dentro de la cual, su consagración al trabajo, su talento y sus virtudes, le llevaron pronto al elevado cargo de Secretario General. El Santo Padre, Benedicto XV, que había seguido con cuidado carrera tan notable, lo nombró en 1917, Arzobispo titular de Sardi, y Nuncio en Baviera por cuyo motivo fué elegido por el mismo Papa, portador del "Plan de la Paz" presentado al Kaiser de Alemania Guillermo II. En los días turbulentos y oscuros de la postguerra, Monseñor Pacelli se mantuvo sereno en su puesto y firmó varios concordatos. En 1920 fué designado Nuncio en Berlín; en 1925 Nuncio ante el Gobierno de Prusia, en cuyo cargo negoció el importante concordato de 14 de junio de 1929. S. S. Pío XI, llamó a Roma a Monseñor Pacelli nombrándolo Cardenal en el consistorio de diciembre de 1929 y designándolo a la vez para reemplazar al anciano Monseñor Gasparri en la Secretaría de Estado del Vaticano. En este cargo, el Cardenal Pacelli, fué enviado como Legado Papal al Congreso Eucarístico Mundial reunido en Buenos Aires en 1934 y a Francia, para la clausura del año santo, en Lourdes, en abril de 1935.

S. E. el Cardenal Pacelli, supo resolver en la Secretaría de Estado del Vaticano, con delicadeza y fino talento diplomático, los graves problemas que se presentaron a la Iglesia en Rusia, Alemania, Méjico, España, Italia, etc., conquistándose la más grande simpatía del mundo católico y la más íntima confianza de S. S. Pío XI, que al aprobar sus gestiones, muchas veces en público, le llamaba "nuestro amado hijo".

Por eso la cristiandad ha recibido regocijada la buena nueva de la ascensión de Pío XII al trono de San Pedro. Sus merecimientos, su profundo conocimiento de los problemas de la Iglesia y de la política mundial, la simpatía que ha conquistado personalmente en los países que ha visitado, harán de él un seguro y auténtico director de ese gran imperio espiritual.

Por su vocación tan humana, el nuevo Papa, ha tomado como lema: "Opus, Justitia et Pax", la paz es fruto de la justicia, y, precisamente, como dijo en su discurso de Pascua, lo que más necesitan los hombres es paz, porque en estos tristes días luchan hasta los hijos del mismo suelo. Por todas partes se oyen las lamentaciones jere-miacas de ¡paz! ¡paz! y la paz parece haber huído del mundo. Es que la paz es fruto de la justicia y del derecho. Mientras hayan oprimidos a quienes se les niega la dignidad de persona humana, habrá siempre guerra, rebeldía y lucha. Pero la justicia no es tal sino es justicia cristiana, vale decir, en nombre de Cristo, caridad. Sin caridad, nos ha dicho el Santo Padre, citando las palabras del Evangelio "los ojos se hacen ciegos para ver y los oídos sordos para oír". La paz que anhela el mundo emana de la justicia en nombre de Dios. La única y verdadera paz está en Cristo. Sólo buscando a Cristo los hombres atormentados pueden encontrar remedio para sus males.

Nada de semitismo ni de antisemitismo, ni de racismo ni de antiracismo, ni de luchas de clases, de grupos, de colores y de pueblos. Todo eso es inútil y vano. Es preciso el triunfo de Cristo, del imperio de la Revelación que no reconoce límites y para ello está la Iglesia y su Pastor que forman ese cuerpo místico del Mesías que, como señala Webert, uno de los más elevados comentaristas del tomismo, encierra la historia del mundo "que se resume en ese movimiento que va de Dios al hombre y del hombre a Dios por intermedio del Hombre-Dios".

Así se afirma, pues, S. S. Pío XII, como otro "Papa de la Paz" continuando la dirección abnegada y noble de su antecesor.

Para nosotros cristianos, en esta época apocalíptica, nada de tribulaciones ni de esperanzas en falsos redentores. Fé en la vida sobrenatural y confianza en el nuevo representante de Cristo en la tierra y en la existencia de la Iglesia tan antigua y cada vez tan floreciente y tan nueva.